MARADONA

GUILLEM BALAGUÉ

LIBROS CÚPULA

GUILLEM BALAGUÉ

MARADONA

EL
PIBE

EL
REBELDE

EL
DIOS

LIBROS CÚPULA

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© del texto: Guillem Balagué, 2021
© de la revisión y edición del texto: Maribel Herruzo
© de las fotografías de cubierta: Ferdi Hartung / Ullstein bild / Getty Images
© de las fotografías del cuadernillo: Katherine Balmer (kbalmer@shutterstock.com): pág. 1 (arriba), pág. 9 (abajo), pág. 12 (arriba); Lee Curran (lee@alamy.com): pág. 5, pág. 7, pág. 8 (arriba), pág. 13 (arriba), pág. 15; Stephen Kirkby (stephen.kirkby@gettyimages.com): por el resto de las fotografías.

Diseño de cubierta: Orionbooks

First published by Orion/Gollancz/Weidenfeld, an imprint of the Orion Publishing Group, London

Primera edición: junio de 2021

© Editorial Planeta, S. A., 2021
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
Libros Cúpula es marca registrada por Editorial Planeta, S. A.
www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-480-2854-1
D. L: B. 5.382-2021

Impresión: Liberdúplex
Impreso en España – *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

ÍNDICE

Introducción 11

PARTE I. EL PELUSA

1. Don Diego, el padre 27
2. La madre, doña Tota 37
3. Goyo Carrizo y los Cebollitas 45
4. Francis Cornejo y los Cebollitas 57
5. Debut en el primer equipo de Argentinos Juniors 65

PARTE II. DIEGO

6. Creciendo en Argentinos Juniors 75
7. La decepción del 78 y el encuentro con Pelé 83
8. En el Mundial juvenil de Japón, 1979 93
9. Jorge Cyterszpiler 101
10. De Argentinos Juniors a Boca Juniors 111

PARTE III. MARADONA

11. Quince meses en Boca Juniors 121
12. Josep María Minguella, agente de futbolistas 127

13. El Mundial de España, 1982 135
14. Fernando Signorini y Guillermo Blanco 145
15. FC Barcelona: sus compañeros y la prensa 155
16. Sus amigos en Barcelona: el clan 163
17. Claudia Villafañe 173
18. César Luis Menotti y Andoni Goikoetxea 181
19. Adiós Barcelona. Hola Nápoles 193
20. Los inicios en el Napoli 205
21. De Cyterszpiler a Cóppola 215
22. Guillermo Cóppola 225
23. Carlos Salvador Bilardo 233
24. Mundial de México 86: las cábalas 243
25. Argentina-Inglaterra: primera parte 255
26. Argentina-Inglaterra: segunda parte 263
27. Argentina-Inglaterra: tercera parte 279
28. La semifinal contra Bélgica y la final contra Alemania Occidental 287

PARTE IV. DIEGO ARMANDO MARADONA

29. Cristiana Sinagra y el primer *Scudetto* 299
30. Todo Maradona está en Nápoles 313
31. Del segundo *Scudetto* al Mundial Italia 1990 327
32. El Mundial de Italia, 1990 341
33. El final en el Napoli 351
34. La historia de Juan Funes 361
35. Sevilla F.C. 369
36. Newell's Old Boys y el camino al mundial de Estados Unidos 1994 379
37. El *doping* en el Mundial de Estados Unidos 1994 387

38. Cuesta abajo y Boca Juniors de nuevo 395
39. El camino al endiosamiento 405

Epílogo 423
Agradecimientos 431
Notas al final 433

1

DON DIEGO, EL PADRE

El padre de don Diego seguramente caminaba descalzo. Los que lo cuentan así, aunque no le conocieran, se refieren al origen humilde de la familia del abuelo de Diego Armando Maradona. Venía de un lugar —se dice— donde hasta andarían descalzos. No es desprecio, es más bien reivindicación de una vida más sencilla, la de una Argentina olvidada, la de los indígenas, la de esos que no escriben la historia y por eso desaparecen. Don Diego Maradona nunca reivindicó nada: su padre quizá fuera descalzo, quizá no.

En realidad, del padre de don Diego se sabe muy poco, casi nada. Nació en una comunidad muy pobre. Tuvo muchos hijos, algunos reconocidos, otros no. Su vida fue distinta a la convencional. Puede que fuera católico. No hay mucho más. «Parece ser que era descendiente de pueblos originarios.» Quien lo afirma es Fernando Signorini por Whatsapp. «Esto me fue referido por un amigo de la familia Maradona de Esquina, Corrientes, cercanos a Chitoro. Me dijo que había un señor, como de unos ochenta y pico de años, que conocía toda la historia del padre de don Diego. Pero extrañamente nadie se encargó de hacer un viaje para tratar de confirmar ese dato, que me parece, además, interesantísimo.»

Nada en la oficina del registro civil de Esquina indica los orígenes indígenas de esa rama de la familia de don Diego. Lo que complica cualquier investigación en esa dirección es que don

Diego sorprendentemente tomó el apellido de su madre (Maradona).

Así que su padre, tal vez, solo tal vez, fuera miembro de la comunidad indígena que habitaba la zona desde hacía siglos y que había sido sometida y evangelizada tras la conquista española. Explotados. Empobrecidos. Ignorados. Prácticamente exterminados a medida que se colonizaban las llanuras y se destruía su hábitat natural conforme fueron llegando otros emigrantes de la mano del ferrocarril que se estaba construyendo. Los habitantes originarios encontraron trabajo de hacheros en el obraje destructor del monte santiagueño. Poco más había para ellos. Se regían por otras reglas. No registraban a los hijos, y a menudo cambiaban de hogar. Aunque seguramente sabían de dónde venían, desconocían hacia dónde iban.

Sigamos con lo que sabemos, entonces: don Diego, «Chitoro» para los amigos, nació el 12 de noviembre de 1927. Por cierto, el apellido no es de origen italiano como su música sugiere. Marado-nna. Muy italiano, sobre todo cuando lo dicen los napolitanos alargando la *nnnn*. En realidad, el apellido podría proceder de Lugo, Galicia, de algún pueblo del sur de los municipios de Ribadeo o Barreiros. Arante o Vilamartín Grande, quizá Vilamartín Pequeño, donde habitan varios Maradona.

Hubo un Francisco Fernández de Maradona, nacido en el pueblo lugués de San Pedro de Arante, que en 1745 o 1748, según el documento que se consulte, se embarcó hacia Argentina y se estableció en San Juan de Cuyo, en el centro del país, al norte de Mendoza. Que sepamos, fue el primer Maradona en Argentina. En los años veinte del siglo xx, el ingeniero Santiago Maradona fue gobernador de la provincia de Santiago del Estero, de hecho, el único Maradona del pueblo. Este Santiago no se casó, pero tuvo hijos que mantuvieron el apellido, la madre de Chitoro (y abuela del futbolista) entre ellos. Según algunas viejas fotos, ese bisabuelo materno, Santiago Maradona, el ingeniero, se parece a don Diego. Y por ende a Diego Armando. De rostro algo orondo, mentón prominente, y mejillas generosas.

Un descendiente del ingeniero es licenciado de Derecho de la Universidad de Buenos Aires. Se llama José Ignacio Maradona y

le contó a *Enganche* algún dato más sobre las raíces del futbolista: «Los Maradona, al ser pocos, sabemos perfectamente de dónde venimos. Pero cuando surgió Diego, nadie de la estructura familiar sabía de qué rama del árbol genealógico procedía. Por eso mi viejo, en un partido que jugaron Colón con Argentinos Juniors, en Santa Fe, se acercó a don Diego y pudo hablar con él. Fue muy generoso y, en esa conversación, don Diego le contó que a su padre no lo había conocido y que tenía ese apellido por la madre, que era santiagueña y que él, de muy chiquito, se fue junto con ella a Corrientes».[1]

Se había dicho siempre que don Diego era de Esquina. Pero resulta que nació a once horas de distancia en coche de hoy, muchas más, incluso días, en aquel viaje que hicieron don Diego y su madre, ya sin compañero. ¿De qué huían? ¿Por qué tan largo viaje? Don Diego nació pues en el norte del país, en Santiago del Estero, capital de la provincia del mismo nombre que se levantó a orillas del río Dulce.

Siendo adolescente, don Diego conoció a doña Tota, con la que más tarde se casó. Hablaba muy poco de su pasado antes de ese encuentro, como si todo lo anterior (vivir sin padre, mudarse de lugar, empezar de nuevo) fueran recuerdos prestados, ropa con la que se sentía incómodo.

★ ★ ★

Lejos de Esquina, una serie de eventos sacudieron el mundo de don Diego. Juan Domingo Perón había sido elegido presidente del país en 1946 bajo la promesa de una nueva etapa industrial y trabajo para todos. Sus programas sociales mejoraron la vida de los trabajadores y se impuso un control del Estado en la economía. Tanto él como su esposa, Evita, lucharon por los derechos de los emigrantes.

En los años cincuenta, Buenos Aires se convirtió en un imán para la empobrecida población rural, sobre todo la del norte del país, que invadió la capital como respuesta a la retórica de Perón. Entre ellos, los padres de Maradona. Doña Tota ya había

vivido de joven en Buenos Aires, trabajando en la casa de un familiar, pero la soledad la llevó a regresar a Esquina, cerca de don Diego. Cuando, más tarde, su hermana se trasladó a Villa Fiorito, doña Tota convenció a su marido de que no se podía sobrevivir de «changa» con la pequeña barca de río que poseían y con la que Chitoro transportaba ganado o materiales a las islas cercanas.

Decidieron dejar todo atrás, aunque ella se adelantó para confirmar que efectivamente era el paso a dar. La madre de Maradona partió hacia Buenos Aires con su hija, María, y su madre, Salvadora Cariolicci. Una vez establecidas, escribió a su marido para que se reuniera con ellas en una barriada llamada Villa Fiorito. Llegó el día y don Diego vendió su barca por 3.500 pesos y se despidió de su antigua vida con un llanto callado. Un barco lo llevó a él y a su segunda hija, Rita, río Paraná abajo a lo largo de más de mil kilómetros, con dos maletas y un zurrón con ollas y ropa como único equipaje. Dejaron atrás lo demás.

Chitoro advirtió enseguida que Villa Fiorito era un pueblucho medio abandonado con casas de cartón, madera y chapa, con caminos de tierra sin asfaltar, destino de inmigrantes y paraje de la marginación. A unos cuantos kilómetros, separado por el agua negra del río más contaminado del país, quedaba Buenos Aires.

Entre todas las casas, una era para ellos, pero al llegar descubrieron que ya había sido alquilada. Había otra no muy lejos, en Azamor 523; como el resto, sin electricidad ni gas. Don Diego tuvo que salir a buscar alguna chapa de metal y algo para dormir la primera noche. No era eso lo que había imaginado, pero lo aceptó estoicamente, como hacía casi siempre. Solamente cuando le «estallaba el indio», como lo describe alguno, le salía un insulto o una puteada, señal de que se había atravesado el umbral de la decencia.

Poco después, Chitoro encontró trabajo en Tritumol, una trituradora de huesos para la industria química. Salía de casa a las cinco de la mañana y volvía, molido, a las diez de la noche. Aun así, aquel sueldo no daba para mucho, aunque se ayudaban entre todos: por ahí andaban la hermana de doña Tota o el tío Cirilo,

hermano de don Diego, al que querían mucho. Le decían Tapón porque era pequeño y había sido arquero *amateur*.

Doña Tota y don Diego tenían ya cuatro hijas —Ana, Rita, María Rosa y Lili— cuando Diego Armando nació un soleado 30 de octubre de 1960 en el Policlínico Evita de Lanús. Lo primero que recuerda Diego es a su madre buscándole para ir a la escuela y sus carreras para esconderse entre el maíz que crecía en la frontera de Villa Fiorito hasta que llegaba la hora de regresar a casa.

La casa tenía cocina, pero seguía sin agua corriente. Había un dormitorio para los padres y otro para los hijos, que fueron ocho al final. «Los días de lluvia, cuando caían piedras, se agujereaba el techo de chapa y el piso de tierra se iba llenando de manchas oscuras que parecían bichitos», le contó Diego a Gabriela Cociffi de *Infobae*. «Entonces mamá gritaba: "¡Andá a buscar los tachitos!". Y todos corríamos por la casita, poniendo los tachitos debajo de las goteras, hasta que se llenaban y tirábamos el agua por la ventana.»[2]

Algunas tardes, Chitoro se bebía un té, tal vez mientras saboreaba una rebanada de pan, al tiempo que dejaba a sus hijos comer en la mesa. Parecía no tener hambre casi nunca. Como doña Tota.

Diego pasaba horas, hasta diez seguidas en alguna ocasión, jugando a la pelota en las calles polvorientas, muchas de ellas solo, dando golpecitos a las paredes, las macetas, regateando lo que se cruzara por el camino. «Jugábamos en el potrero, con tierra que volaba para todos lados, de la mañana hasta que oscurecía. Y después me iba para la casa hecho un desastre. Ahí mi viejo me quería fajar, y yo amagaba y lo esquivaba... Me ayudó a "entrenarme" en los amagues...»[3] De niño, Maradona nunca habló mucho con su padre y, si alguna vez le pegó, Diego diría que fue porque aquellos eran otros tiempos.

También recuerda Diego cómo le gustaba hacer cosas con el balón que a otros les parecían difíciles. «¿Yo qué culpa tengo? Si yo la bajo de taco, y mi compañero la quería bajar de taco y le daba en la rodilla. Eso viene de... De mi viejo no, porque era un desastre jugando. Mi tío le dijo "A vos, *Pelu* no salió, seguro".[4] A Diego lo llamaban *Pelu* una abreviación de *Pelusa*; el niño había salido con mucho pelo.

El día que el entrenador Francis Cornejo fue a su casa a comprobar la edad de Diego, Chitoro estaba trabajando en la fábrica. Aunque era sábado, nunca decía que no a unas horas extras. El entrenador lo conoció poco después, un día que don Diego acompañó a su hijo a un entrenamiento, tras un viaje que incluía el tranvía y un par de autobuses.

«Mi papá me llevaba en el colectivo hasta Argentinos, cayéndose de cansancio. Se colgaba del pasamanos y yo me ponía debajo de su brazo y me paraba en puntas de pie para sostenerlo, porque se quedaba dormido parado. Y así viajábamos, sosteniéndonos...»[5]

Cornejo descubrió en don Diego a un hombre de pocas palabras, pero fuertes convicciones. Desde muy pronto, don Diego y doña Tota acompañaron a todos lados a los Cebollitas, sentados en la cabina del utilitario de don José Trotta mientras Cornejo lo hacía con los chicos en la caja.

Esos viajes permitieron a la familia descubrir el mundo. Maradona recuerda caminar sobre el río Alsina, a unos cien metros de la casa, y mirar por los espacios que quedaban entre los tablones de madera las sucias aguas. Para él era como cruzar el puente de Brooklyn. Al otro lado quedaba el mercado de Pompeya, un barrio que pertenecía a otros: tiendas de juguetes, puestos de zapatos, camisas colgando de perchas —«camisas como las que quería mi hermana, como las que quería yo», recordaba Diego en una entrevista[6]—. Ir de compras no era algo que hiciera a menudo.

Usaban un sistema de rotación. Un día Mary podía comprar zapatos. Un par de semanas más tarde le tocaba a *Pelu*, «¿qué quieres *Pelu*?», «un caballito», «no, ¡para ponerte, boludo!», «bueno papi, una camisa», «¿cuál?», y esa camisa se quedaría con ellos para siempre, al pasar de un hermano a otro hasta que ya solo podía usarse como trapo. «Papá, ¿no te sobran *slips*?»,[7] preguntaba Diego cuando estaba con necesidad.

Una vez, el periodista Diego Borinsky preguntó a Maradona si nunca se le pasó por la cabeza ir a robar, como hacían muchos de sus coetáneos. «No, porque mi viejo me hubiera cagado a

trompadas. Mi viejo me enseñó todo lo mejor que pudo. Me educó demasiado bien, el mal lo aprendí yo», contestó Diego.[8] Antes de llegar al primer equipo de Argentinos Juniors, el papá de aquel Cebollita de quince años le lavaba los botines y se los lustraba con betún hasta que parecían nuevos, no como los otros, apagados y maltratados.

Incluso cuando Diego, todavía adolescente, se convirtió en el proveedor de la familia, cuando le pidió a Chitoro que dejara de trabajar, en casa los padres seguían siendo los padres. Y Diego lo aceptaba porque necesitaba guías, referencias incuestionables a las que agarrarse, ya que muy pronto comenzó a caminar sobre arenas movedizas.

El padre permitía que irrumpiera a menudo la madre, que lo conquistaba todo. Pero eso duraba hasta que don Diego se cansaba. Era bajito, pero se convertía en gigante cuando quería que le escucharan. Cuando decía algo, hasta doña Tota se apartaba. A veces con la mirada bastaba. Por eso cuando Fernando Signorini, el preparador físico, tenía que poner firme a Diego, utilizaba a menudo a don Diego. Si estaba él, «se acababa la joda».

No era miedo, sino respeto. Todo el atrevimiento de más tarde de Maradona, no era tanto una rebelión contra la autoridad sino más bien una rabiosa protesta contra los abusos del poder que tenía abandonada a gente como sus padres y el medio millón que vivían en Villa Fiorito, una de las ochocientas ciudades con escasos medios repartidas alrededor de la capital argentina.

Diego, de niño, era sensible, educado, amable, y a menudo atrevido y pícaro. Una vez, doña Tota se enteró de que su hijo estaba sacando malas notas en el colegio, pero tenía comprada a una profesora y las notas que llevaba a casa eran buenas. Se lo contó a su marido y don Diego prohibió a su hijo ir a entrenar durante casi dos semanas. Había reglas y debían respetarse.

«Don Diego era un tipo muy preciso. Si, por ejemplo, decía "mañana a las cinco de la mañana salimos a pescar a Corrientes", a las cinco ya estaba en el coche, y no esperaba a nadie», cuenta Signorini. Tal vez era la única manera de mantener el orden en un mundo de chapa y cartón.

Muchos años después, tras pasar por un piso primero y luego una casa cerca del estadio de Argentinos Juniors, don Diego y doña Tota se trasladaron a Villa Devoto, un barrio residencial de Buenos Aires, a una vivienda adquirida por su hijo, con un gran patio, un televisor casi siempre encendido y, por supuesto, parrilla, donde don Diego era el rey. Era más fácil sacar a Diego de la cancha que a don Diego de la parrilla.

Los viajes para ver los partidos de los Cebollitas, de Argentinos y de Boca tuvieron su continuación en Barcelona. Su casa en la parte alta de la Ciudad Condal contaba con una gran cocina donde doña Tota pasaba horas preparando comida para todos aquellos que entraban y salían, sin horarios. Don Diego lo contemplaba todo desde una esquina.

Cuando, ya en Nápoles, el mundo empezó a girar a la velocidad incontrolable de la luz, don Diego y doña Tota no acababan de entender lo que sucedía. Habían leído y oído sobre las adicciones de su hijo y no hicieron caso porque pensaron que eran críticas que le hacían por envidia o porque alguien había tenido algún problema con él.

La devoción que sentían por su hijo era profunda. De hecho, a medida que Diego fue elevándose hacia un paraíso artificial, sus padres sufrían viendo cómo las debilidades se apoderaban de su vástago. Intentaban sacar agua del bote con un balde, pero mientras Diego se hundía, la alianza se hacía más profunda, un sentimiento muy por encima de lo que sintieron por nadie más nunca antes ni después, quizá atrapados en una asfixiante sensación de responsabilidad y de compartir la vida con un ser distinto.

Cuando le preguntaban a Chitoro qué suponía ser el padre de Diego, le costaba mantener la compostura. «Yo siempre salgo por la calle», contó una vez, [9] «y todo el mundo me para para saludarme, para hablar conmigo. Yo salgo como siempre y la gente, donde me ve, me dice, "lo felicito por el hijo", y yo no sé que decirles. Yo sé... Que es el mejor jugador de todos los tiempos, pero les aseguro... Les digo... Que es mejor hijo que jugador de fútbol». A esa altura se le caían las lágrimas.

Con la edad, la alegría de don Diego fue llorar más que aplaudir. «Es un llorón», le dijo a menudo su hijo que, luchando por no caer rendido él también por las lágrimas, explicó un día lo que sentía por su padre: «Yo quisiera tener el uno por ciento de lo que es mi viejo. La nobleza, la dignidad. Todo. De toda la vida luchó para darnos de comer. De chiquito quería ser como él. De mayor, también. Solo quiero una hora de la tranquilidad que mi viejo tiene en la cabeza. Luego puedo morir tranquilo».[10]

Un día, don Diego falleció.

Tras una larga convalecencia por problemas respiratorios y coronarios, y después de más de un mes internado en el sanatorio Los Arcos de Palermo, don Diego se despidió de la vida con ochenta y siete años.

Guillermo Blanco, que conoció al Maradona adolescente, viajó a Buenos Aires y se encontró con Fernando Signorini para acudir juntos al velorio. Llegaron de madrugada para evitar a los medios, aunque había mucha gente. Ahí, sentado, estaba Diego, que había llegado desde Dubai, donde vivía. Gordo, muy gordo.

«Diego, está el *profe* y está Guille», le dijo a Maradona su secretario. Blanco buscaba al Maradona de verdad en sus ojos. Tras cinco décadas de aventuras, Blanco pudo ver su cansancio, aunque aún quedaban señales del niño que, estaba convencido, permanecía atrapado en su interior.

Hacía muchos años que no se veía con ninguno de los dos. Diego se levantó de la silla, lentamente, ensanchándose según se ponía de pie, con el rostro serio. Golpeó secamente el pecho de Signorini. Lo volvió a hacer. Pasaba una eternidad entre un golpe y otro, como si se tratara del momento cumbre de una obra teatral, exagerando cada gesto.

Maradona, el personaje, le estaba ayudando al niño a barrer la angustia debajo de la alfombra con esa actuación. Signorini y Blanco sabían que sufriría mucho más en algún otro momento, cuando estuviera solo. Recordaría a su padre limpiándole las botas. Cayéndose dormido en el autobús que le llevaba al entreno. Le dolería la tristeza y la ausencia. Pero en ese momento, Maradona se protegía de la pena actuando.

«Hoy me estaba acordando de vos, hijo de puta», le dijo Diego a Signorini. «Una vez cuando fuimos a jugar a Roma con el Nápoles el primer año, yo no me podía dormir y te llamé a la habitación. Vos viniste, y nos quedamos sentados en el piso. Yo te dije que antes de ver morir a mi papá o a mi mamá prefería morirme yo, y ya se me fueron los dos. ¿Recuerdas lo que me dijiste?»

Signorini hizo el esfuerzo de dibujar una sonrisa que se quedó en una mueca. «Que eras un hijo de puta cagón porque era la ley natural de la vida; que de ninguna manera podías preferir el sufrimiento de los padres a tu propio sufrimiento, que es el natural».

El cuerpo de don Diego fue velado durante la noche y partió cerca del mediodía siguiente hacia el cementerio de los jardines de Bella Vista, a las afueras de Buenos Aires, para ser enterrado en una ceremonia privada.

Diego Armando Maradona, a los cincuenta y cinco años, se había convertido en huérfano.